



**Pregón de Semana Santa
Cartagena 2022**

TEODORO ESTEBAN LÓPEZ CALDERÓN
Cartagenero

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA 2022

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Obispo de la Diócesis de Cartagena;

Excelentísima Sra. Alcaldesa de Cartagena;

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades Eclesiásticas, Civiles y Militares;

Ilustrísimo Sr. Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa;

Ilustrísimos. Srs. Hermanos Mayores de las Cofradías Pasionarias de Cartagena;

Nazarena Mayor;

Procesionista del Año;

Queridos amigos, cofrades y familia.

Quiero que mis primeras palabras sean para agradecer de corazón a la Junta de Cofradías de Semana Santa de Cartagena que me haya propuesto como Pregonero de la Semana Santa de este año 2022, así como a la Alcaldesa y al Obispo de Cartagena que hayan aceptado esa proposición.

Es para mí un motivo de honda satisfacción, de auténtica alegría, el honor que se me ha hecho de poder ser pregonero de la Semana Santa de mi ciudad natal. Honor que nunca había imaginado y que me genera sentimientos difíciles de expresar con palabras; pues, como cristiano y cartagenero de nacimiento y de familia, sé lo que es la Semana Santa y lo que significa en Cartagena.

Además, mi agradecimiento es triple:

- Primero por haber pensado en mi persona, en efecto, cartagenero, cristiano y familiarmente relacionado con nuestras cofradías pasionarias, pero "cartagenero ausente", pues circunstancias familiares y profesionales me han llevado a vivir la mayor parte de mi vida fuera de Cartagena, aunque siempre manteniendo los lazos que me unen a ella;
- Segundo porque desde que recibí la noticia mediante una llamada telefónica de nuestra alcaldesa, mi mente se ha

trasladado a aquellos días de mi niñez cartagenera y he vuelto a recordar muchas vivencias, tanto familiares como relacionadas con mi ciudad natal y con su Semana Santa, que estaban en mi memoria, pero escondidas o adormecidas; y

- Tercero, y quizás lo más importante, porque me ha hecho reflexionar sobre la trascendencia y significado de los hechos que conmemoramos en la Semana Santa, con mayor profundidad de lo que para mí ha sido habitual al llegar este tiempo fuerte, en el que la Iglesia conmemora el Misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor. Punto culminante de la Historia de la Humanidad.

Tengo que reconocer que casi no tuve tiempo de pensar mi respuesta cuando se me propuso ser el pregonero de este año; quizás por ello no dudé ni un instante en aceptarlo; pues, evidentemente, era un honor que no se puede rechazar y, desde luego, era algo que me ilusionaba. Sin embargo, también reconozco que luego empecé a preocuparme; pues, a pesar de estar acostumbrado a dar conferencias, exponer ponencias o hacer presentaciones, me di cuenta que la preparación de este pregón me suponía un verdadero reto. Reto principalmente porque no soy un experto conocedor de los entresijos y detalles de la Semana Santa cartagenera, como lo han sido muchos de los que me han precedido en esta extraordinaria tarea. Además, dado que se espera que los pregoneros expongan de alguna manera su vivencia personal relacionada con la Semana Santa y sus procesiones, por mi condición de cartagenero ausente, esas vivencias se condensan principalmente en los años de mi niñez; y también reto, por la trascendencia que reviste pregonar, ser pregonero.

Como sabemos, en el Antiguo Testamento, el pregonero es el heraldo, el anunciador público de un mensaje que procede directamente de Dios y, además, no eran personas cualesquiera; en la Biblia vemos que los pregoneros han sido profetas, jueces, sacerdotes, etc.; es decir, nada con lo que pueda compararme.

No obstante, esto cambia con el nacimiento de Cristo; ya que Él es no solo el heraldo de Dios y su principal proclamador, sino también el propio mensaje. Por ello, considero que como discípulos de Cristo, como cristianos, esta realidad histórica nos asigna un papel diferente al del pregonero del Antiguo Testamento, concretamente el de

mensajeros, de comunicadores del mensaje de que Cristo ha muerto y resucitado y con ello nos ha liberado del pecado y nos ha dado una nueva vida, haciendo que los que se adhieren al mensaje entren en el Reino de Dios; y todo ello, basado en el testimonio de los Apóstoles. **Éste es el mensaje a difundir al llegar la Semana Santa y el que quiero trasladar basándome en la liturgia y en las procesiones de la Semana Santa de Cartagena.**

En cualquier caso, la Providencia ha querido que la Junta de Cofradías de Semana Santa haya considerado que este cartagenero, católico, militar y marino que les habla, sea el encargado de proclamar el mensaje de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor; de **anunciar en voz alta la próxima Semana Santa** de este año 2022, **para que llegue al oído de todos**. Con ello, además, me da la oportunidad de aportar mi granito de arena a ese mandato de Cristo a todos sus discípulos de: ir “por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). Para ello, iré recorriendo cada una de las procesiones y los días de la Semana Santa para tratar de extraer de cada uno de ellos el mensaje que nos transmiten.

Pero antes de escribir estas líneas que ahora les estoy trasladando, me hice las siguientes preguntas:

- ¿Sigue siendo necesario anunciar en voz alta los hechos de la Semana Santa, más en una ciudad como Cartagena?
- ¿Hay que volver a hablar de unos hechos aparentemente conocidos por todos, que en un modo u otro han sido recogidos en los libros de historia?
- ¿Sigue teniendo utilidad pregonar desde esta sede y por nuestras calles, lo que Cristo tuvo que pasar para salvarnos?

La respuesta a las tres no me ofreció dudas: **es imprescindible.**

Primero porque los seres humanos necesitamos recordar, refrescar con frecuencia lo importante, lo trascendente de nuestras vidas, por evidente y conocido que sea, para evitar caer en la rutina, en su desvalorización. Pero además, si siempre ha sido necesario ese anuncio, en nuestro tiempo lo es aún más. No es momento ni objeto de este pregón profundizar en ello, pero todos sabemos de los intentos que vivimos de implantación de ideologías y actitudes que son contrarias a los valores del Reino de Dios y, en consecuencia, al

bien y felicidad auténtica del ser humano. Ideologías que buscan que el gran acontecimiento de la historia, aquel que da origen a nuestra era, aquel que para tantos -entre los que me incluyo- es fuente de alegría y asombro, de contemplación y fiesta, de reflexión, deseos de mejora y servicio a los demás, aquello que en un sentido profundo mueve nuestras vidas, quede encerrado en una esquina de nuestros hogares, como algo que no debe manifestarse fuera de casa.

Por todo ello, es bueno recordar cada año la conveniencia de vivir con intensidad ese tiempo fuerte que es la Semana Santa, días en los que recordamos unos acontecimientos que cambiaron la historia y que siguen cambiando muchas vidas, que no dejan de dar luz, consuelo y esperanza cuando parece que las sombras rodean nuestro entorno. Y cada uno deberá encontrar su modo de hacer presente esas jornadas en las que el Dios, hecho hombre, quiso comprarnos a gran precio (cfr. 1 Cor 6, 20): su pasión y su muerte. Unos acontecimientos con tal fuerza, que han alimentado y siguen alimentando la imaginación de miles, millones de personas; que han movido a artistas y escultores a plasmar tantos detalles que los Evangelios solo señalan de pasada... porque en ellos nos va la vida; que siguen impulsando a tantas almas generosas a serlo aún más. Todos, decía, deberemos adentrarnos en estos misterios, porque repito, nos va la vida en ello.

Y una manera de vivir ese tiempo tal y como enseñaba, sobre todo con el ejemplo, un santo español, fundador del Opus Dei, es introducirse en él como un actor, como un personaje más, como un discípulo de Cristo que se encuentra en Jerusalén esos días y participa en aquellos acontecimientos, o como un peregrino al que le sorprende el alboroto, o como un ciudadano de la capital de Israel que, habiendo oído predicar a Cristo, se encuentra con que sus cabecillas han manipulado la realidad, la verdad, para llevarlo a la muerte... Cada cual debe adoptar el papel que considere más adecuado a su condición y a su visión personal de los hechos que recordamos, para no solo recordarlos, sino para participar como aquello que son: la manifestación del amor de Dios con nosotros (cfr. Mt 1, 23 y Is 7, 14).

Para ello, las procesiones suponen un elemento de extraordinario valor, pues no hay duda de que facilitan a nuestra imaginación, a nuestra mente, esa introducción en el ambiente de esa primera Semana Santa de Jerusalén de hace casi 2000 años.

Pero es que, además, los seres humanos necesitamos de los signos materiales. De hecho, Dios que conoce nuestra naturaleza, quiso comunicar su gracia a través de elementos tangibles, sensibles, que entraran por nuestros sentidos, para ayudarnos a entender lo sobrenatural, para, de algún modo, hacer más accesible y comprensible la acción del Espíritu Santo en nuestras almas y en la vida de la Iglesia. De hecho, la cumbre de la Revelación es Cristo, no solo una persona que habla, ni siquiera Dios que nos habla directamente, sino Dios que se hace hombre; por eso, no solo hay que prestar atención a las palabras de Jesús, sino también a sus acciones, a sus gestos, a su vida. Dios lo sabe, por eso deja instituidos los sacramentos, que se componen de algo sensible, su materia; y de unas palabras, que suponen su forma, utilizando conceptos prestados de la antigua filosofía griega. Ambos manifiestan lo que el sacramento quiere realizar en nosotros, y realiza a través de ellos.

Pero no nos distraigamos. Centrémonos en la importancia de las procesiones, no solo a nivel cultural, dimensión de la Semana Santa cartagenera que nos habla de la profundidad con la que nuestros mayores han vivido estas realidades, sino a nivel existencial, eclesial y vivencial. La Iglesia las considera un **sacramental**, o lo que es lo mismo, expresión de nuestra religiosidad comunitaria y también institucional, porque sigue las normas indicadas por la Iglesia Católica. Las procesiones son manifestaciones maravillosas, expresión de la fuerza de la fe, de la pasión de un pueblo, de la genialidad de sus gentes -expresada en tantas obras de arte que año tras año nos dejan asombrados-, de la piedad sencilla y sincera que no se puede contener, que no merece ser contenida, apartada, y que llega a conmovir incluso al Redentor...

¿No fueron las primeras procesiones las del mismo Jesús huyendo a Egipto, paseando rodeado de discípulos por los caminos de Galilea y Judea, y ya en la semana Santa, las de Cristo entrando triunfalmente, mesiánicamente, en Jerusalén el Domingo de Ramos, abandonado por los suyos en el huerto de los olivos, procesionando del Monte de los Olivos a casa de Anás, de allí a la de Caifás, luego a la cárcel, después paseado y ultrajado por las calles de Jerusalén al pretorio, a la casa de Herodes y, principalmente, cargado con el madero tantas veces contemplado camino del Calvario?

Nuestro Señor asumió todo lo humano. La Iglesia también. Y aún en la liturgia, el concepto de procesión está presente: así se le

llama a la salida y entrada del sacerdote en la misa, que el pueblo atiende de pie, ya que está representando a Cristo; así nos encontramos la procesión de la Cruz en los oficios del Viernes Santo, recorriendo la iglesia mientras va siendo destapada poco a poco; así contemplamos con emoción la entrada del cirio pascual, Cristo Luz del mundo, que atraviesa una iglesia a oscuras, iluminando poco a poco las velas -los corazones- de todos los presentes al arrancar la Vigilia Pascual, cada Sábado Santo.

Por ello, en unos días, nosotros, siguiendo una tradición centenaria, con toda la fuerza de los que nos han precedido, volveremos a salir a las calles para recordar, para rezar, para contemplar, para vivir unos acontecimientos que no son del pasado, sino de hoy, porque siguen transformando a todo aquel que con sinceridad se acerca y toma parte en ellos. De hecho, como nos pide nuestra Conferencia Episcopal en el Calendario litúrgico, podemos afirmar que, en cierto sentido, existe una duplicidad de los ritos de Semana Santa: el caracterizado por la piedad popular, uno de cuyos exponentes más brillantes es la Semana Santa cartagenera, de interés turístico Internacional desde 2005; y el litúrgico. Pues bien, la Conferencia Episcopal nos comunica que: *el amor y cuidado de las procesiones, manifestación de piedad popular, debe llevar necesariamente a valorar y participar en las celebraciones litúrgicas.*

En mi caso personal, todo lo que me ha llevado hasta este momento, todas mis vivencias y no solo las de Semana Santa, comenzó con un acontecimiento ocurrido el 1º de diciembre de 1952, en la Capilla de los Californios de la Iglesia de Santa María de Gracia; me refiero a la boda de mis padres, ambos cartageneros y, por el lugar que escogieron para casarse, con una evidente vinculación con las procesiones por medio de la Cofradía California. Una Capilla preciosa que procuro visitar cuando tengo la oportunidad de venir a Cartagena con tiempo suficiente.

Posteriormente, un año y medio después, nací en la casa de mi familia situada en la calle Mayor esquina con la calle Comedias; es decir, un lugar privilegiado para ver las procesiones -recuerdo que desde el balcón casi se podía tocar con las manos las flores de los tronos-, y con carácter inmediato fui incluido entre los hermanos de la Cofradía California por uno de mis tíos, Juan Alessón López que años después sería su Hermano Mayor. Unos días más tarde fui bautizado, también en la Iglesia de Santa María, lo que no deja de ser un hecho,

como mínimo singular, pues durante unos días fui miembro de una cofradía católica, sin tener esa condición al no estar bautizado.

Como nos pasa a todos en cierta forma, mi familia y mi lugar de nacimiento, en este caso Cartagena, han modulado de una manera trascendental todo lo que soy: cristiano, militar y marino. Características que se corresponden, que definen una buena parte de lo que es la misma Cartagena y que me identifican con ella.

Estaremos todos de acuerdo de que es una ciudad marinera y militar como pocas en el mundo; pues, como decía Andrea Doria alabando el magnífico refugio natural que es nuestro puerto:

*"No hay navegación más segura que julio,
agosto y el puerto de Cartagena"*

Ese don de extraordinario puerto natural, unido a su situación estratégica en las proximidades del acceso Occidental del Mediterráneo, también le dio un importante papel militar, que todavía conserva.

Acabamos de comenzar la Cuaresma. Hace solo tres días la Iglesia celebró el **Miércoles de Ceniza**, con él comienza el ciclo Pascual que concluirá el día de Pentecostés. Un tiempo en el que mediante la oración, la limosna y el ayuno nos preparamos para la celebración del Misterio Pascual de Cristo. En ese día se nos impuso la ceniza, signo de nuestra fragilidad y mortalidad, que necesita ser redimida por la Misericordia de Dios. La piedad popular, especialmente en Cartagena, también celebra ese día y tiene sus propios ritos que se extienden a lo largo de la Cuaresma para preparar y mentalizar a los cartageneros ante la llegada de su Semana más Grande.

Como sabéis, al atardecer del Miércoles de Ceniza se lleva a cabo **LA LLAMADA**. Acto en el que los cuatro hermanos mayores, acompañados de otros cofrades, van al Palacio Consistorial a comunicar a la alcaldesa que **habrá procesiones**. Acto especialmente relevante este año, porque como también sabéis, la pandemia que aún sufrimos, aunque con menos impacto que en sus comienzos, impidió por dos años consecutivos que hubiera procesiones. Además la DANA de 2019, también impidió que muchas de ellas especialmente de las Cofradías Marraja y Resucitado, tampoco pudieran salir a la

calle. Por ello, las de este año serán sin duda especiales, tendrán un significado extra por lo que significarán de regreso a la normalidad; serán la recompensa al esfuerzo de las Cofradías en ayudar a los más necesitados durante estos años de pandemia; y, también, por el hecho de volver a salir a la calle, su razón de ser, para dar continuidad a nuestra tradición secular y a unos hechos que son centrales en la Historia de la Humanidad.

Nosotros, los cartageneros ausentes en Madrid, vivimos ese día como cualquier otro cristiano, aunque con la mente, la imaginación, puesta en lo que sucede en nuestra tierra natal, ilusionados con nuestra propia celebración al día siguiente, en lo que hemos llamado: **“Jueves de Ceniza”**. Día en que nos reunimos en la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, acompañados habitualmente de una representación de las Cofradías y Ayuntamiento de Cartagena, junto a la imagen de nuestra querida Virgen de la Caridad, para participar en la celebración de la Eucaristía y cantar la Salve cartagenera a Nuestra Señora. Se eligió esa fecha precisamente para no coincidir con **“La Llamada”** en Cartagena y facilitar la asistencia de los representantes de nuestra ciudad que he mencionado, celebrándose a continuación de la Misa Solemne una cena de hermandad.

En este punto me voy a permitir una corta digresión. Pues no sé si todos conocen que muchos cartageneros residentes en Madrid, la mayoría hermanos de la “Cofradía Virgen de la Caridad – Cartageneros en Madrid”, la Cofradía que Cartagena tiene en Madrid¹, tenemos la costumbre de reunirnos los últimos jueves de cada mes para participar en la Santa Misa, en la mencionada iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, donde se venera una imagen de la Virgen de la Caridad. Se trata de una misa de tintes cartageneros emocionantes, ya que durante su celebración: recordamos y encomendamos las

¹ Sus orígenes se remontan al 17 de abril de 1948, cuando con ocasión de una misa celebrada en la Parroquia madrileña de “Nuestra Señora de los Ángeles en acción de gracias por el veinticinco aniversario de la “Coronación” de nuestra Virgen de “La Caridad”, los cartageneros residentes en Madrid decidieron crear la “Congregación de la Virgen de la Caridad”. No obstante, la Autoridad Eclesiástica no aprobó sus estatutos hasta 1959, año en el que también terminó la reconstrucción y se inauguró la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, y se entregó la imagen actual de la Virgen de la Caridad, tallada en madera por Víctor González Gil, celebrándose por primera vez la misa en dicha iglesia ese mismo año.

Posteriormente, en el año 2004, tras diversas vicisitudes, cambió su estatus y pasó a ser una Asociación Pública de Fieles, con la denominación de “Cofradía Virgen de la Caridad – Cartageneros en Madrid”. Pues bien, fue con este cambio con el que nació la celebración del “Jueves de Ceniza”.

almas de los cartageneros que nos han dejado; el organista interpreta composiciones tradicionales de nuestra Semana Santa; y, al finalizar, cantamos nuestra querida y preciosa Salve Cartagenera ante Nuestra Señora, para luego salir de la iglesia con la Marcha de los Granaderos.

Sinceramente, creo que no hay mejor forma de mantener nuestras raíces, y la conexión con nuestra ciudad natal, que reunirse alrededor de nuestra querida Virgen de la Caridad para participar en la celebración de la Santa Misa.

También tengo que añadir que tras dicha celebración, solemos continuar nuestra reunión en una cafetería cercana, donde comentamos los últimos acontecimientos y noticias de Cartagena, muchas de ellas ya adelantadas en el extraordinario boletín mensual de nuestra "Cofradía Virgen de la Caridad – Cartageneros en Madrid".

Este año, en la celebración del Jueves de Ceniza pudimos gozar de la presencia de nuestra Alcaldesa y de los Hermanos Mayores de las Cofradías Marraja y California, así como de nuestro anterior hermano mayor, el inigualable Ginés Fernández Garrido, del que tengo el honor de ser compañero de promoción.

Pero aquí, en Cartagena, a lo largo de la cuaresma se acelera la preparación de su Semana más Grande, se celebran el **Resurrexit**, el **Miserere Marrajo**, el **Vía Crucis** y **Misa Solemne del Cristo del Socorro** y la **Salve Grande California**, entre otras celebraciones que disponen el espíritu de los hermanos cofrades para vivir la Semana Santa. Pero paralelamente se intensifican los trabajos de recogida y preparación de vestuario, de los tronos, etc. Nunca se me olvidarán esos días previos a la Semana Santa en que acompañando a dos de mis tíos, californios hasta la médula, Juan Alessón y Esteban Calderón, iba a la Cofradía California y ayudaba, o al menos eso creía yo, al inolvidable Balbino de la Cerra en su labor de cargo de guardalmacén general, en su agotadora tarea de sacar y preparar los vestuarios de las distintas agrupaciones que, recuerdo, muchos estaban almacenados en los pisos altos de la cofradía en unos armarios, para mí enormes, y en sitios recónditos y a veces de difícil acceso.

Por supuesto, también recuerdo con admiración sus dibujos y diseños que han dado un estilo característico a los mantos, sudarios, banderines y vestuarios de penitentes de nuestra Semana Santa,

especialmente en la Cofradía California, destacando su espectacular diseño del bordado del manto de la Virgen del Primer Dolor.

También tengo grabados en mi mente otra actividad anunciadora y preparatoria del ambiente procesionista, me refiero a los pasacalles que realizan los Granaderos y “Judíos” marrajos, californios y del resucitado cada mañana de domingo y que nos recordaban, y nos recuerdan, que se avecina la Semana Santa, que los cartageneros tienen que ir desempolvando las túnicas, los capuces, los cíngulos, reparando las cruces, etc. Pasacalles que, como caracteriza a nuestra Semana Santa, son auténticos desfiles de carácter militar. Son los días en los que los niños en los colegios se preguntan unos a otros si son “**cali o marra**” y, si la situación no está clara, se contesta del resucitado, lo que suele evitar problemas; días donde todo empieza a relacionarse con esa Semana Santa nuestra que ya llega.

Aunque ciertamente la Iglesia Católica considera el Domingo de Ramos como el inicio de la Semana Santa, en Cartagena la comenzamos el **Viernes de Dolores**, y con nosotros la empieza España entera. Los cartageneros somos así...

En la madrugada de ese día, la Cofradía del Cristo del Socorro reza por las calles del casco antiguo de Cartagena el que, muy probablemente, es también el primer Vía Crucis del Viernes de Dolores. Impresiona su austeridad y recogimiento, así como sus dos estaciones penitenciales: en la iglesia de Santa María para la ofrenda a la antigua Patrona de Cartagena, la Virgen del Rosell; por cierto, también primera patrona de la Armada por decisión del Rey Alfonso X el Sabio²; y en la Caridad, ante nuestra Patrona actual para celebración de la Eucaristía, la primera de las muchas de ese día. Este primer cortejo pasionario, su tambor sordo en la madrugada cartagenera, su silencio premonitorio y su singular recogimiento, hacen que este **viacrucis procesional** sea especial y distinto a las procesiones del resto de cofradías. La celebración de la Santa Misa, las dos estaciones señaladas y el rezo del Vía Crucis, tienen significados importantes; pues, con ello se logra la **armonización**

² Alfonso X el Sabio puso a la flota que se reunió para el cerco de Algeciras bajo la protección de la que ya era Patrona de los cartageneros y, desde ese momento y durante varios siglos, también de los marinos de España.

entre las celebraciones litúrgicas y el ejercicio de la piedad popular del pueblo cartagenero.



Lo que vivimos en la Semana Santa es principalmente el Misterio Pascual, exactamente lo mismo que vivimos en la celebración eucarística, lo que meditamos y contemplamos en las catorce estaciones del Vía Crucis, la procesión de Cristo **del Pretorio de Pilato al Calvario** y, finalmente, y aunque sin duda Cristo es el protagonista de la Semana Santa, el sufrimiento de su Madre que, unido estrechamente al de su Hijo, la ha convertido en Co-redentora nuestra, aspecto que esta procesión hace visible perfectamente con sus dos estaciones.

Además, y no lo puedo pasar por alto, ese día celebramos la festividad de nuestra querida Patrona, la Virgen de la Caridad, cuya imagen representa el dolor de la Virgen María por la muerte y crucifixión de su Hijo, manifestando otra vez más su fe y su **sí incondicional al cumplimiento de la voluntad de Dios.**

Todo cartagenero tiene grabado en su memoria sus vivencias de este día; especialmente la multitudinaria ofrenda floral a la Virgen de la Caridad y el continuo fluir de gente a su Basílica para, una vez más, pedirle su amparo y protección y refugiarnos bajo su manto.

¡Confío, que el año que viene, con motivo de la celebración del **tercer centenario** de la llegada por mar de la Virgen de la Caridad a Cartagena y del centenario de Su coronación canónica, este pregonero

pueda recalar en Cartagena para cumplimentar y venerar, en su día, a nuestra querida Madre!

Retomando el calendario pasionario, al atardecer de ese mismo día, sale la primera de las procesiones de la Cofradía California, con el Cristo de la Misericordia y María Santísima del Rosario en sus Misterios Dolorosos. La más reciente de sus procesiones, con un gran protagonismo de los tercios femeninos de las agrupaciones que participan, pero que, lamentablemente, aún no he tenido la oportunidad de ver. Sin duda esta procesión es otra expresión de la piedad popular cartagenera y sus ansias de manifestar públicamente algunos de los muchos mensajes que Cristo y su Madre nos trasladan a través de sus Vidas, recogidas en los Evangelios.

Como cartagenero ausente, un aspecto que me ha llamado bastante la atención al preparar este pregón, quizá al dejarme llevar por recuerdos de antaño, y que se está convirtiendo en una especie de antesala de las principales procesiones marrajas y californias, es el de los **traslados** de imágenes que se llevan a cabo en la tarde del **Sábado de Pasión**.

Así, lo que hasta hace unos años se consideraban simples traslados de unas tallas, a día de hoy se han convertido en nuevas manifestaciones de la fe del pueblo cartagenero, que no escatima en echarse a la calle para entonar sus cánticos y viacrucis; y elevarlos en popular plegaria a los protagonistas de su Semana Santa.

A continuación, después de esas dos intensas jornadas, llegamos al primer día oficial de la Semana Santa, el de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, anticipo de su glorificación en la resurrección.

El **Domingo de Ramos** es un día que siempre recuerdo con mucha ilusión, un día luminoso, radiante. Es el día de los niños, al menos de los californios. El día que nos vestíamos con nuestras túnicas rojas, o coloradas, como le llamábamos a ese color, y nuestros padres nos llevaban a la procesión de la borriquilla a procesionar al menos una parte del recorrido. Ese día nos integrábamos en el sentir, en la alegría colectiva y popular con la que se vive la Semana Santa en Cartagena.

Es cierto, y el cartagenero lo sabe, que la Pasión de Nuestro Señor es un drama, el mayor de la historia de la humanidad, pues nunca el ser humano ha cometido una injusticia mayor, dar muerte a la Vida, pero también sabe que es el camino del triunfo definitivo de la Luz sobre la muerte que culminará en la Noche Santa con la Gloriosa Resurrección de Nuestro Señor.

Por ello, con esa visión global, el cartagenero no vive la Semana Santa con tristeza, ni con la sobriedad y seriedad de otras regiones de España, sino con alegría y devoción en reconocimiento del alto coste de su propia redención, de su salvación, de haber sido hecho Hijo de Dios en Cristo. También por ello, nuestras procesiones son conocidas por su exuberancia de luz, música, flores y orden. Esto último, probablemente por la gran influencia de lo militar en la vida de la ciudad.

En esa entrada triunfal de Nuestro Señor, como nos dice San Juan en su Evangelio, las muchedumbres gritaban *¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!*

Con ello lo proclamaban Mesías y Rey. Ese es el mensaje de este día. El Rey anunciado por los profetas, cuyo reino, tal y como le dijo a Pilato, no es de este mundo. Es en nuestras almas donde Él quiere reinar. Para ello, entra en Jerusalén montado en un borriquillo, demostrando que Él es el **Rey de paz** anunciado por los profetas.

En esta procesión, los niños californios comienzan a sentirse parte de esa tradición cartagenera, a asimilarla, pues empiezan aprender a desfilar con orden y majestuosidad; en definitiva, a recibir el legado de sus padres, y de los padres de sus padres, que ellos continuarán para que esta manifestación de fe popular que son las procesiones, que ya tienen varios siglos, continúen muchos siglos más.

Cuando por razón de mis destinos en Cartagena, desafortunadamente pocos, volví a ver esta procesión con mis hijos, pude apreciar otra riqueza que no había percibido en su totalidad de niño. La procesión es una muestra visual de hechos relevantes de la historia de la salvación, tanto del Antiguo, como del Nuevo Testamento. Los personajes bíblicos como Moisés, el rey David, el Faraón, Herodes, el Sumo Sacerdote, el Arca de la Alianza, me daban la oportunidad, y supongo que será algo similar en todas las familias,

de explicar a mis hijos quienes eran y sus diferentes papeles en esa historia de la salvación. Lo mismo ocurre con las escenas de la vida pública de Jesús, hasta llegar a la Unción en Betania, hecho ocurrido justo antes del Domingo de Ramos y la entrada triunfal representada en el trono de la "burrica". No hay duda de que la procesión del Domingo de Ramos es un magnífico reflejo de la entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerusalén y un extraordinario resumen de lo ocurrido hasta ese momento de la historia de la Salvación.

Y llegamos al **Lunes Santo**. Primera jornada para los cofrades marrajos y día importante, llamado "Lunes de Autoridad", porque este día Jesús manifiesta su poder ante el pueblo y la naturaleza. Después de haber pasado la noche en Betania, en casa de Lázaro, Jesús vuelve a Jerusalén, en el camino sintió hambre y vio de lejos una higuera frondosa, se acercó y no encontró más que hojas. Entonces, como sabemos, maldijo a la higuera: *"Que nunca más des fruto y nadie coma ya de ti"* (Mc 11.14). Al día siguiente, al recorrer el mismo camino de Betania a Jerusalén, los discípulos comprobaron que la higuera maldita se había secado. No se trataba de un castigo a la higuera, sino que con ello simbolizó a Israel que no había dado los frutos que Dios esperaba.

Pero volvamos al Lunes Santo, Jesús llega al Templo y entrando en él "comenzó a expulsar a los que vendían y a los que compraban en el Templo, y volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas", diciéndoles:

¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Vosotros en cambio la habéis convertido en una cueva de ladrones.

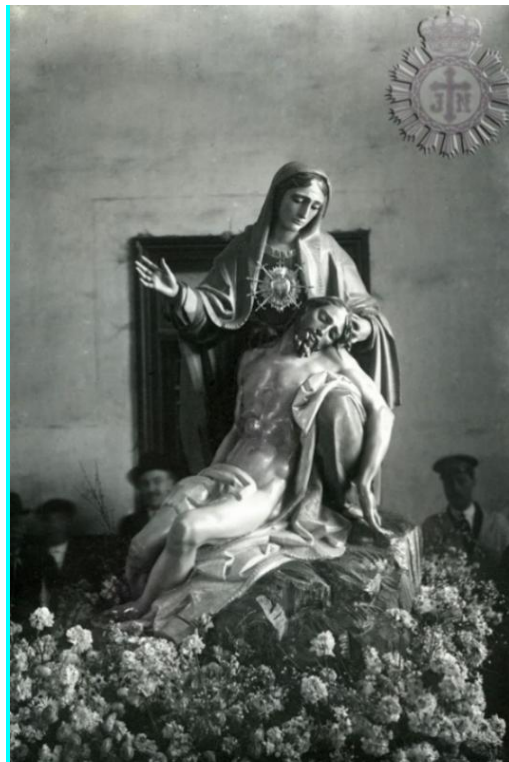
Con estas acciones cumplía las profecías según las cuales el Templo tenía que ser purificado para ser lugar de oración de todas las gentes. Jesús está en su Casa y actúa con la autoridad de lo que es: **Rey e Hijo de Dios**. Este hecho, unido a nuestra **obligación de hacer que los dones que Dios nos concede den los frutos que Él espera**, puede ser el mensaje de esta jornada.

En Cartagena, este día, la Santísima Virgen de la Piedad recorre las calles del centro seguida por una multitud de cartageneros, algunos de ellos ausentes que vuelven a Cartagena por Semana Santa, como ha sido mi caso durante muchos años; y es llevada a

hombros por sus devotos caballeros portapasos en la conocida como "Procesión de las Promesas".

Sin duda, la procesión la saca la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, los marrajos; pero en realidad creo que se trata de la procesión de todos los cartageneros, con independencia de su adscripción o simpatía por una determinada cofradía. Pocos serán los que no hayan seguido en oración a la Virgen de la Piedad, obra magistral de José Capuz, cumpliendo o no con una promesa, y cantado la Salve en la entrañable parada ante la Virgen de la Caridad y luego al entrar en Santa María. Quizás esta devoción provenga de que su imagen nos recuerda a todos a nuestra Patrona, aunque en este caso se diferencia por ser la Virgen del sexto dolor, el que sintió Nuestra Señora al recibir en sus brazos a su Hijo recién bajado de la Cruz, lo que manifiesta al llevar seis puñales.

Es indudable la profunda devoción que siente el pueblo de Cartagena por "La Piedad"; por cierto, devoción que es difícil de expresar con palabras corrientes.



Virgen de la Piedad (ACM)

Fuente: <https://www.marrajos.es/historia-1.html>

Esa férrea unión del pueblo cartagenero **al dolor de Nuestra Madre al recibir el cuerpo de su Hijo**, es otro de los grandes mensajes de este día de intenso color morado.

Tras esta primera procesión marraja, llegamos al **Martes Santo**; y con él, vuelven los californios. Es el día en el que como comentaba anteriormente, los discípulos se dan cuenta de que la higuera que Jesús había maldecido el día anterior estaba seca. Ante su asombro, los discípulos le preguntaron por el hecho; y de su respuesta me gustaría destacar su afirmación de que **“todo cuanto pidáis con fe en la oración lo recibiréis”** (Mt 21, 22). Así pues, estos podrían ser los mensajes de Cristo en este día: **que vivamos de la fe y que la oración lo consigue todo**.

Posteriormente, cuando Jesús llegó al Templo, los escribas, fariseos, sacerdotes y ancianos se unieron a pesar de sus divergencias, para poner en duda su autoridad, para tratar de cogerlo en algún error o en algo con lo que justificar su posterior denuncia ante las autoridades romanas. Es el “Martes de controversia”, en el que fueron muchas las enseñanzas del Señor. Sin pretender resumirlas, Él los recriminó duramente por sus abusos y pecados; y los emplazó para el juicio final, donde, como señala el Padre Luis de la Palma en su conocida obra *La Pasión del Señor*, “por grado o por fuerza, todos reconocerán la divinidad de Jesucristo”.

En nuestra ciudad, el Martes Santo es dedicado a los tres apóstoles más cercanos al Señor, las *columnas de la Iglesia*, como los llama San Pablo (Gal 2,9): Pedro, Santiago y Juan, los tres pescadores que Jesús transformó en *pescadores de hombres*. Son los únicos a los que el Señor les pone un sobrenombre, son los que presencian la resurrección de la hija de Jairo, los que participan en la Transfiguración, los que están junto al Señor en su Oración en el Huerto de Getsemaní, antes de ser apresado, aunque no fueran capaces de velar con Él y se quedasen dormidos por tres veces. Juan y Pedro, además, fueron los enviados a preparar la última cena, y también serían los primeros en llegar al sepulcro el Domingo de Resurrección.

Para mí, esta procesión de Martes Santo, que derrocha luz, flor y color, presenta una especial identificación con nuestra ciudad por su notable influencia castrense y su carácter marineró; con esa

vinculación de San Pedro a la Armada, como maestro calafate del Arsenal con el nombre de Pedro Marina Cartagena, o de San Juan al Ejército de Tierra, como operario del Real Parque de Artillería; la hace singularmente cartagenera: de una Cartagena con la que también me identifico no solo como hijo suyo, sino también por mi profesión y creencias.

Me resulta entrañable recordar las veces que salí en esta procesión, y las que fui con mis hijos, dos de ellos cartageneros, a ver la salida de San Pedro del Arsenal y escuchar las advertencias de su Almirante. La última, en el año 2019, como Jefe de Estado Mayor de la Armada. Y es que mi vida en Cartagena siempre ha estado ligada al Arsenal; de niño, por la cercanía de mi casa a esa instalación, por algunos de los destinos de mi padre, también marino, y posteriormente porque era la base de unidades en las que estuve destinado, como mis dos primeros mandos en la mar, el del Patrullero Villaamil y la 2ª Escuadrilla de Dragaminas.

También recuerdo salir en alguna ocasión desde el Parque de Artillería; pues, además de tener un tío artillero, mi padre era sanjuanista californio y eso marca. Donde ya no tuve oportunidad de salir fue con Santiago, nuestro Santo Patrón, evangelizador de España; en la que desembarcó, según la tradición, en la playa de Santa Lucía, barrio marineramente al que también estoy vinculado por razones familiares, y en cuya Iglesia de Santiago se conserva una antigua inscripción en latín (*"Ex hoc loco orta fuit hispaniae lux evangélica"*) que nos dice en castellano: **"Desde este lugar nació para España la Luz del Evangelio"**. Qué privilegio y qué responsabilidad que la fe cristiana se haya expandido en España comenzando en Cartagena. Es otro mensaje, otro recordatorio, que nos da esta procesión tan cartagenera.

Y así llegamos al día grande de los californios, al **Miércoles Santo**, a la Magna Procesión del Santísimo Cristo del Prendimiento. Era también un día grande en mi familia, hasta que las circunstancias de la vida nos llevaron fuera de Cartagena.

Es el día que la Iglesia dedica a preparar el Triduo Pascual, dando por finalizada la Cuaresma. Por su parte Jesús se queda en Betania, no vuelve al Templo, todo lo que había de decir públicamente ya lo había dicho. Es el día en que San Mateo y San Lucas nos dicen

textualmente en sus respectivos evangelios, que los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo acordaron apoderarse con engaño de Jesús y hacerle morir. (Mt 26:3-5); el día que Satanás entró en Judas, y que éste acordó con los príncipes de los sacerdotes entregar a Jesús por treinta monedas de plata. (Mt 26:14-16)

Treinta monedas que era el precio de un cordero pascual, por lo que simbolizaban a Jesús, quizá sin quererlo, que se entrega como el cordero pascual, como el *Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn 1:29) y que nos libera de la muerte.

Jesús conoce todo lo que le va a suceder, pero lo acepta, no rechaza su sacrificio y no quiere que ninguno se pierda. Probablemente, fue para Él un día de oración intensa.

Jesús **desea que todo el que quiera salvarse pueda conseguirlo**. Ese podría ser su mensaje de este día para nosotros.

En Cartagena, nos adelantamos un día con la magnífica narración de la Pasión alrededor del Santísimo Cristo del Prendimiento; pero antes, en la tarde del Miércoles Santo tiene lugar otro acto grabado en mi memoria, la representación en el Ayuntamiento del *lavatorio de manos de Poncio Pilato*, o Pilatos, como se le llama en nuestra tierra. No puedo evitar mencionar que, de niños, la principal preocupación de los que asistíamos a tan histórica representación, era si nos mojaría o no el Prefecto de Judea al lanzar al público el agua del recipiente en el que previamente se había lavado las manos.

También es la tarde en la que algunas mujeres de mi familia, acompañando a mi tía Maruja, la mujer de Juan Alessón, iban a la Cofradía a vestir al Cristo del Prendimiento. Salí en muchas ocasiones en esta procesión, normalmente en el Ósculo o en el Prendimiento, pero tengo que resaltar la primera vez que lo hice como monaguillo, precisamente en el Prendimiento.

En esa noche Cartagena se convierte en una Jerusalén, aunque en el otro extremo del Mediterráneo. Comenzando con la institución de la Eucaristía en la Última Cena, la procesión del Santísimo Cristo del Prendimiento va siguiendo el recorrido de Jesús en la noche del Jueves Santo y la mañana del Viernes hasta llegar a la Sentencia a

muerte de Pilatos, para finalizar con los tres apóstoles más cercanos a Jesús y su Madre, la Virgen del Primer Dolor.



Aquí me voy a permitir contar una anécdota también de mi niñez. Mi convencimiento de la realidad de lo que veía en la procesión del Miércoles Santo era tal, que tuve alguna controversia con el hermano marista que enseñaba historia sagrada y se empeñó en convencerme de que lo que yo consideraba que sucedía el Miércoles Santo, pasaba en realidad el Jueves Santo. Puedo asegurar, que no le fue nada fácil.

Pero volviendo a la procesión, todos estaremos de acuerdo que se trata de una extraordinaria manifestación de música, luz, color, orden, solemnidad y arte con las extraordinarias obras de Francisco Salzillo, lamentablemente muy pocas, de Mariano Benlliure, José Sánchez Lozano, Juan García Talens y José Antonio Hernández Navarro, entre otros. A esa riqueza artística hay que añadir la de los propios tronos y bordados, destacando, permítanme que lo vuelva a recordar, los diseños de Balbino de la Cerra.

Pero, ¿no es arte también la elegancia del desfilar de los tercios con su orden y marcialidad? ¿Quién no se asombra al comparar en una misma procesión el majestuoso *paso lento* de San Juan, de 43 pasos por minuto a ritmo de tambor, con los 58 del vibrante *paso largo* del San Pedro? ¿O quién no reconoce el mérito de los capirotos al mantener en todo momento el orden y emparejamiento a su paso por el sinuoso trazado de la calle de Jara?

Por otro lado, ¿qué cartagenero no se emociona, no vibra, al escuchar esa música tradicional de nuestra Semana Santa, que se nos graba desde pequeños, más que en la memoria en el alma, y que nos traslada instantáneamente a nuestra tierra cada vez que la escuchamos fuera de ella en el lugar o las circunstancias que sean?

He de reconocer que, al escribir estas líneas del pregón, me vino de inmediato a la memoria la arraigada *Marcha Lenta* de los "Judíos", familiarmente conocida como el "Perico Pelao", en la que el pífano o flautín es el verdadero protagonista.

Hablando de música, merece una mención especial por mi parte, la banda de Infantería de Marina del Tercio de Levante, incondicional cada Martes Santo delante de San Pedro interpretando *Mektub*, una extraordinaria marcha fúnebre de casi ocho minutos de duración, y una joya de la música procesional compuesta por el músico militar Mariano San Miguel Urcelay.

Pero, ¿no es arte también la colocación de las miles de docenas de flores que embellecen los tronos cartageneros, la elegancia de los bordados de las túnicas y capas de los capirotos, o incluso la acertada combinación de colores elegidos para las mimas?

El arte siempre ha sido considerado por la Iglesia Católica como un medio de acercar el hombre a Dios; pues en todo lo bello hay un destello, una chispa del poder creador de Dios, de ahí que esa combinación que se produce en nuestra Semana Santa y que logra la excelencia, promueva nuestra devoción y enardezca nuestra alma que llega al sùmmum, al menos en mi caso, cuando nos acercamos a la puerta de la iglesia de Santa María y cantamos al unísono esa emocionante y vibrante *Salve* cartagenera, del reverendo Sánchez Medina, cuando Nuestra Señora regresa para recogerse al final de la procesión.

Y así, llegamos al **Jueves Santo**, en el que no podemos obviar el multitudinario regreso de San Pedro al Arsenal, ya de madrugada, al son del pasodoble "El Gallo"; y el tradicional arresto preventivo del Apóstol por parte del almirante a las puertas de la institución militar.

En este día da comienzo el Triduo Pascual de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, pero antes, por la mañana y aún en Cuaresma, tiene lugar la Misa Crismal concelebrada por el obispo

diocesano y sus sacerdotes, como manifestación de la comunión de éstos con el prelado. Además, en ella se realiza la bendición de los Santos Óleos que se utilizarán en las ceremonias de bautizos, unción de los enfermos y ordenaciones sacerdotales.

Ya por la tarde, en la Misa de la Cena del Señor, la Iglesia nos muestra la unidad entre la Eucaristía y la Cruz. Es la Misa en que se recuerda la Última Cena de Jesús con sus Apóstoles, en la que mediante el rito del lavatorio de los pies, Jesús nos hace patente su espíritu de servicio, su humildad y su amor hasta el extremo al entregarse voluntariamente a su pasión por nosotros. Es la cena en la que Jesús ofreció al Padre su Cuerpo y su Sangre en las especies del pan y el vino, entregándoselo a los Apóstoles para que ellos y sus sucesores en el sacerdocio también lo ofreciesen. Es la Cena de la institución de la Eucaristía y del Orden sacerdotal. Es la Cena en la que recibimos el mandamiento de la Caridad Fraternal, como nos dice textualmente San Juan en su Evangelio (Jn 13:34):

“Un mandamiento nuevo os doy que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también unos a otros.”

Son muchas las enseñanzas y mensajes de Jesús de este día, pero creo que este nuevo mandamiento es uno de los más señalados. El Jueves Santo es, sin duda, uno de los días más importantes de la Semana Santa.

Pero lo realizado por Jesús no termina con la Santa Cena, al contrario, ahí comienza su Pasión que lo llevará a morir en la Cruz.

En este día sale el último cortejo pasionario de la Cofradía California: la procesión del Silencio y Santísimo Cristo de los Mineros. A su paso, las calles del centro de Cartagena se sumergen en la más absoluta oscuridad; lo que unido a la ausencia de música, al respetuoso silencio de foráneos y cartageneros que contemplan la procesión, a los sonidos de un solitario tambor sordo o destemplado, a las velas de cera ardiendo irregularmente en los tronos, y al incesante repiquetear de los hachotes contra el asfalto, con el tintineo de sus cartelas; producen un ambiente de recogimiento y devoción único que invita a la oración y al encuentro con Jesucristo; y que en algunas ocasiones se ve incluso acrecentado por la irrupción de una voz afligida, angustiada, entonando una saeta; otra forma del arte

relacionado con la Semana Santa con el que se expresa de manera sublime los sentimientos y la oración, que se escapa de un alma agradecida y desgarrada por los dolores que padecieron Nuestro Señor y su Santísima Madre para salvarnos.

En esta procesión, solía salir en el Cristo de los Mineros o en el Ecce Homo; y recordaré siempre la recomendación que me hacía mi madre antes de salir, de que debía dedicarme toda la procesión a rezar; oración que culminaba de manera emocionante, como sigue ocurriendo hoy en día, con el canto del Miserere al entrar el Ecce Homo y, una vez más, la Salve cartagenera a la entrada en Santa María de la Virgen de la Esperanza, rozando ya la medianoche, y poniendo el broche final a la procesión del silencio y a los desfiles californios.

Pero esa noche extraordinaria, Cartagena no duerme, sino que se transforma en cuestión de minutos para retomar los desfiles pasionarios marrajos en una larguísima jornada del **Viernes Santo**. Así, pasados cinco minutos de las doce, el silencio y la penumbra de las calles aledañas a Santa María, epicentro de nuestra Semana Santa, dan paso a la luz y al bullicio de miles de cartageneros. En ese instante la calle Jara estará abarrotada por centenares de cofrades, principalmente marrajos, ansiosos por ver salir a sus Granaderos del callejón de Bretau con los sones de "**La Micaela**". Poco después lo harán también los "Judíos", que serán recibidos con idéntico entusiasmo; y juntos iniciarán los pasacalles por el centro hasta que comience la primera de las cuatro procesiones que saldrán de madrugada y que, tras el "Encuentro", al alba, se unirán formando un solo cortejo.

En esta noche cartagenera, sin parangón; noche marraja por excelencia, la ciudad permanecerá despierta. Así, el cartagenero esperará la salida del "Jesús" y se protegerá del relente a base de chocolate con churros, o con porras del kiosco de Santa Florentina; o incluso con un buen *asiático*; y los más atrevidos se dejarán caer por la Pescadería en Santa Lucía o sus alrededores, para tomar una *láguena* o un *reparo*.

Por fin, poco después de las tres de la madrugada, **La Verónica**, escoltada por los granaderos, sale de Santa María hacia la Plaza de Roldán, al oeste del Lago. Cinco minutos después lo hace **Jesús de**

Medinaceli de la Universidad Politécnica de Cartagena, por la Muralla de Carlos III camino de la plaza de la Merced, tras entonar en el campus el "Gaudeamus Igitur". Poco después también lo hace **Jesús Nazareno**, de la Lonja de Pescados de Santa Lucía, para llegar por San Diego hasta la plaza del Lago. Por último, lo hará la **Virgen Dolorosa**, "la Pequeñica", que saldrá de Santa María acompañada de San Juan, también hacía la plaza de la Merced.

Será alrededor de las cinco y media de la madrugada con la luna ya a poniente y casi en su plenilunio, cuando en la esquina del palacio de Aguirre se produzca el esperado **Encuentro** que, sin duda, es el evento culminante de esta *procesión múltiple* y uno de esos momentos únicos de nuestra Semana Santa.

En el Lago, a esa hora, ya no cabe ni un alma y la emoción envuelve a todos los allí presentes cuando empiezan a llegar el Nazareno, la Pequeñica y el discípulo amado, para esperar a ese amado Hijo, con la Cruz a cuestas, hasta que por fin llega el momento solemne de esta entrañable madrugada cartagenera en el que Madre e Hijo cruzan en silencio sus miradas en la *vía dolorosa* que en ese momento es la calle de San Diego, de la misma manera que sucedió hace casi 2000 años. Es el impresionante momento que meditamos en la cuarta estación del Vía Crucis. Nos resulta imposible imaginar el dolor que sintieron ante tanta injusticia. Podemos suponer que a pesar de su dolor, María intentó con su mirada consolar en lo posible a su Hijo. Su fidelidad, su aceptación de la Voluntad del Padre era la misma que el *fiat* que respondió al Arcángel San Gabriel en el feliz momento de la Anunciación y se sumaba a la misma aceptación, a la misma obediencia a esa Voluntad por la que su Hijo se estaba sometiendo voluntariamente a su Pasión y Muerte.

Este es el gran mensaje de este suceso y de esta procesión, **la necesidad de esforzarnos, de luchar por aceptar, por amar la Voluntad de Dios**, incluso en los momentos más oscuros e incomprensibles de nuestras vidas desde un punto de vista humano.

Pero el Viernes Santo tiene mucho más contenido, un contenido inabarcable para nuestras mentes, es un día fundamental en la liturgia cristiana, es un día para meditar sobre los múltiples significados de la muerte de Jesucristo. Ya que:

Es el día en que Cristo declara la **maternidad espiritual de su Madre sobre todo el género humano**, representado por el discípulo amado.

Es el día en que se cumplen las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento: Cristo muere fuera de la ciudad a la misma hora que se sacrificaban los corderos pascuales en el templo; sacrificio en el que, tal y como ordenaba la Ley (Ex 12,46), no se les rompía ningún hueso; a Cristo, a pesar de haberlo solicitado los judíos, como era la norma, no se le quebraron las piernas. Todo confluye en que **Cristo es el verdadero Cordero Pascual que quita el pecado del mundo**. Ésta es la gran afirmación de este día.

Es el momento del comienzo de la Iglesia que junto a los sacramentos está simbolizada en la sangre y el agua que manaron de su costado. Es el día del sermón de las siete palabras. Es el día en el que, como dice San Mateo en su Evangelio, el Centurión encargado de la crucifixión al ver lo que había sucedido, manifestó: *“En verdad éste era Hijo de Dios”* (Mt 27,54).

No cabe duda que la primera manifestación de fe en la divinidad de Jesús fue hecha por un militar, algo que como militar siempre me ha hecho reflexionar y me ha reconfortado, pues también fue un militar, Cornelio, Centurión de la cohorte Itálica, el primer gentil en recibir el bautismo junto a sus parientes y amigos íntimos (Hch 10,24) de manos de San Pedro y fue también otro centurión, el de Cafarnaún, el que admiró a Jesús y le hizo manifestar: *“Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande”* (Lc 7,9), es el centurión que dijo las palabras que todos los cristianos repetimos ante de comulgar: *“no soy digno de que entres en mi casa”* (Lc 7,6). Digo que me ha reconfortado porque los valores militares no contradicen a los cristianos, al contrario, lo que acabo de recordar son ejemplos que demuestran que esos valores nos acercan, siempre que vivamos nuestra vocación de acuerdo con ellos y que debe consistir en ser *custodios de la paz*. De hecho, en su día y como Comandante del Mando de Operaciones, escogí como lema para ese mando el de *“Custodiae pacis”* para que todos sus componentes tuvieran en su mente que la razón de nuestro esfuerzo y trabajo diario era precisamente esa.

Pero centrándonos en la procesión, todo esto y muchas más escenas de este impresionante día, las vemos representadas esa noche por las calles de Cartagena, que vuelve a convertirse en la Jerusalén, en la otra Vía Dolorosa del otro extremo del Mediterráneo, con la Solemne y Magna Procesión del Santo Entierro, una de las dos más antiguas de Cartagena.

Procesión que es otra extraordinaria manifestación de música, luz, color, orden, solemnidad y arte, protagonizada por las tallas y grupos de: Jesús Nazareno, el Expolio, la Agonía, la Lanzada, el Descendimiento, la Piedad, el Santo Entierro, el Santo Sepulcro con su magnífico Cristo Yacente, la Magdalena, el San Juan y la Soledad, escoltada por el piquete de Infantería de Marina del Tercio de Levante con sus fusiles a la funerala.

Y vuelvo a hablar de arte, por las obras del extraordinario escultor valenciano José Capuz Mamano, obras entre las que es obligación destacar el Descendimiento, talla que sin duda representa un punto de inflexión en el arte de la imaginería española del primer tercio del siglo XX. También creo es de justicia destacar el **Cristo Yacente**, del mismo autor, que además trabajó en el impresionante trono, en el que también destaca el ángel que es otra de las obras importantes de la escultura religiosa del siglo XX.

Se trata de otra gran procesión en la que volvemos a admirar la música y la elegancia, el orden y la marcialidad del desfilar de los tercios; entre los que es de justicia destacar al San Juan que tiene el honor y la habilidad de ser el único tercio de Cartagena en el que arrancan al mismo tiempo el tercio, la música y el trono, llevando todos el mismo paso. Procesión que, como todas, finaliza con el canto emocionado de la Salve cartagenera, a la entrada de la Santísima Virgen de la Soledad en la iglesia de Santa María, ya en las primeras horas del Sábado Santo.

Sábado en el que la Iglesia se mantiene junto al Sepulcro del Señor, meditando su Pasión y Muerte, en ansiada espera del momento glorioso de la Resurrección.

Sábado Santo en el que la Cofradía Marraja saca a la calle la **Procesión de la Vera Cruz**, la más moderna de la Cofradía y la última de la Semana Santa marraja, que con su cortejo formado por el Santo Sudario de Cristo, las Santas Mujeres, el Santo Amor de San

Juan en la Soledad de la Virgen, la Vera Cruz y la Virgen de la Soledad de los Pobres, a la que se rezará la última de las salves marrajas, nos recuerda el momento de luto y espera que conlleva este Día Santo. Procesión que resalta por su sencillez y austeridad, y que con el mensaje que transmite al sustituir la electricidad de los hachotes por la cera, todo ello sin perder un ápice de la elegancia cartagenera, se adapta perfectamente a este día.

Podríamos estar horas hablando de los mensajes que Cristo nos lanza desde la Cruz y nunca llegaríamos a alcanzar todo su significado. La cruz era un instrumento de castigo y el crucificado era un maldito (Dt 21,23). Los romanos lo consideraban tan duro, humillante y vergonzoso que nunca lo aplicaban a sus ciudadanos. Ante estas circunstancias, los apóstoles quedaron angustiados, convencidos que todo había sido inútil, sin esperanza y atemorizados por las previsibles represalias sobre ellos.

Sin embargo, a pesar del rechazo que produjo la Cruz a los primeros discípulos y el rechazo que nos sigue produciendo ahora cuando se nos presenta en nuestras vidas, **la Cruz de Cristo es Salvación, Victoria definitiva sobre la muerte y el pecado.** Por ello, esta procesión marraja es un importante medio para ayudarnos a entender, a reflexionar sobre el profundo significado de la Vera Cruz en nuestras vidas.

De hecho, la historia de nuestra salvación continúa. En la noche del Sábado Santo tiene lugar **la Vigilia Pascual, uno de los más importantes actos religiosos del Año Litúrgico.** Es la Pascua del Señor, el paso de la muerte a la Vida, de la obscuridad a la Luz, la vuelta victoriosa de Cristo del abismo. Es la más grande y santísima noche del año, la celebración antigua más importante. Es la noche de la verdadera liberación, en la que se entona el Pregón Pascual, el "*Exultet*", uno de los himnos más antiguos del cristianismo. Como decía San Agustín es "la madre de todas las Santas Vigilias". En ella, la Iglesia espera la Resurrección del Señor y la celebra con los sacramentos de la iniciación cristiana.

Tras la Vigilia llega el **Domingo de Resurrección,** Domingo de Gloria, Domingo de Pascua, la fiesta de las fiestas cristianas; con ella celebramos que Jesucristo ha resucitado según la carne y con ello restauró la vida. Es el cambio radical, con las apariciones que realiza;

la desesperanza de los discípulos de los días anteriores se transforma en alegría desbordante, que se transmite como un relámpago entre todos ellos que se reúnen alrededor de la Virgen: la única que nunca ha perdido la esperanza. Sí, Cristo ha resucitado; y así lo atestiguan sus discípulos a los que se apareció vivo y glorioso. Con ello completa la obra de la Redención y da la prueba definitiva de su Autoridad Divina. Como he comentado sobre la Cruz, la trascendencia de la Resurrección ha originado miles de libros y siempre que reflexionemos sobre ella, siempre descubriremos nuevos aspectos que mejorarán nuestra comprensión sobre su alcance. No obstante y por dejar un mensaje sobre este hecho trascendental de la historia humana, diría que: **es el Triunfo del bien sobre el mal.**

En Cartagena este Domingo es otro día luminoso, brillante, alegre, como corresponde al día de la Luz, yo al menos lo recuerdo siempre así. Día en el que los cartageneros vuelven a echarse a la calle para ver la última procesión de la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, la más moderna de todas; un desfile repleto de fervor, emoción, color, música y alegría. Una procesión en la que resalta el blanco inmaculado. Con ella, se hacen presentes en las calles de Cartagena, tanto el hecho de la Resurrección con el Titular de la Hermandad, Jesús Resucitado y el Cristo de la Resurrección, como el de algunas de las apariciones que nos narran los Hechos de los Apóstoles, a María Magdalena, a los Discípulos de Emaús, a Santo Tomás, o a los Apóstoles en el Lago Tiberíades. Como en todas las procesiones cartageneras, la cierra Nuestra Señora, en este caso la Virgen del Amor Hermoso, en su magnífico trono bajo palio de terciopelo azul, algo singular en nuestra Semana Santa pero, tenemos que reconocer, que especialmente bello y sublime. Tampoco puedo evitar resaltar al Tercio de Soldados Romanos o "Judíos"; desde niño siempre me entusiasmaron y, no me pregunten por qué, siempre me parecieron los más auténticos o parecidos a los de las cohortes romanas.

Se trata de una procesión que por lo que nos transmite y quizás por ser la última, y por la mañana, siempre ha tenido para mí y creo que para la mayoría de los cartageneros un especial atractivo.

Finalmente, con la entrada de la Virgen del Amor Hermoso en Santa María y el canto emocionado de la Salve, se pone el broche final a la Semana Santa de Cartagena, su semana más grande del año.



Cartageneros, tras este repaso de la Semana Santa desde el punto de vista litúrgico y de nuestras procesiones, en el que he intentado trasladarles mis vivencias y reflexiones, con la finalidad que señalé al comienzo del pregón de comunicar **el mensaje de que Cristo ha muerto y resucitado y con ello nos ha liberado del pecado y nos ha dado una nueva vida.**

Mi última sugerencia o petición es que aprovechemos todas las ocasiones que nos traerá esta próxima Semana Santa, la primera que viviremos con cierta normalidad tras la llegada de la pandemia, para **seguir los pasos de Cristo**, en la liturgia y en las procesiones, convirtiéndonos en un actor, en un personaje más que se encuentra en Jerusalén esos días y participa en aquellos acontecimientos ocurridos hace casi 2000 años, y que ese seguimiento continúe sin interrupción hasta la Semana Santa del año 2023.

Muchas gracias.